

¿Qué hace un chico como yo en un sitio como éste?

¿Por qué *After hours*? Porque está hecho para mí, de algún modo incomprensible y fantástico es el programa que está hecho para mí. Pese a que no fuera una idea mía. Debe de ser como el amor, alguien se ha ocupado de procrear e ir educando a esa persona con la que uno va a ser feliz de por vida. Y algo así ha sucedido con este programa y conmigo, un verdadero flechazo.

Yo había conseguido labrarme una imagen en *Fama ¡A bailar!* Por un lado, el coreógrafo que sacaba lo más salvaje de los alumnos y, al mismo tiempo, el que sabe escucharlos y en el que encuentran un hombro amigo. Sé que puede parecer presuntuoso, pero si hay algo que no me preocupa es estar orgulloso de lo que soy. Y soy alguien que no prejuzga a la gente, que respeta sus deseos y el modo de ser de cada uno. Y quizá por eso me eligieron a mí para presentar *After hours*.

Cuando los productores, Asier Ugalde y Javier Pérez de Silva, me hablaron de la idea del programa no lo podía creer. Cuatro había decidido dar cabida en su programación a un late night diferente donde poder sacar a la luz lo que siempre ha permanecido oculto, todo lo que sucede al amparo de la noche. Y hacerlo llegando a donde nadie ha llegado, a donde nadie ha querido llegar. ¿Cómo no aceptar la propuesta del programa que uno siempre había soñado hacer incluso sin saberlo?

La propuesta de la cadena era, desde luego, seductora. Por un lado, lo atrevido de los temas que se iban a tratar. Una de las ventajas de la noche es que en ella todo tiene cabida y si el programa debe ser fiel reflejo de la noche, debe llegar a todos lados, a los rincones más escondidos —y para eso tenemos las cámaras ocultas y las minicámaras subjetivas que casi nadie aprecia—. Por otro lado, el ceder un espacio en el que todos podamos ser honestos frente a la cámara en el Aftermatón.

Porque la noche es impactante, sí, pero está ahí sin que muchos quieran o puedan verla. Porque el objetivo de *After hours* no es el morbo por el morbo, sino mostrar para normalizar. Si todos sabemos qué puede haber en la noche, le tendremos menos miedo y movernos en ella será como caminar a la luz del día. Y ése es uno de los objetivos más claros del programa: educar sin reprimir, informar sin recrearse en lo escandaloso.

Porque la noche es escandalosa, pero no mala, es emotiva y disparatada, pero también sirve como escenario de las vidas de los que están al límite y de los que

necesitan sacar a la luz sus dramas, porque compartirlos es un modo de aliviar su carga.

Todo eso me dijeron en la productora, Pulso, y todo eso me reafirmaron en la cadena, Cuatro, donde apostaron y creyeron desde el principio en el proyecto. No sólo en lo atractivo para las audiencias, sino en la posibilidad de conectar a todo un universo desconocido para muchos con la gente común, que quizá tiene más en común con él de lo que pudiera pensar.

No había hecho más que comenzar una nueva experiencia en *After hours*, el programa donde me encuentro como pez en el agua y donde disfruto de cada día de rodaje y de cada noche de emisión; un regalo que Cuatro me ha hecho y que ahora os voy a mostrar.

PURO SEXO

Culosex

Con un culo en la cara. Loco de placer. ¿Y por qué no? No me importaría llegar a probarlo. Un culo en la cara por placer, porque me resulta tremendamente excitante que un culo hermoso, un culo que no desee besar, morder ni acariciar se apoye en mi rostro. Es una de las cosas que he aprendido gracias a hacer *After hours*. Cuando escuché hablar por primera vez del culosex no podía imaginarme que no me importaría, incluso que podría apetecerme ser el que convierte su cara en una silla, el que permite que el ser amado se siente sobre él. Nunca había escuchado hablar de esta práctica, jamás, hasta que una de las redactoras me lo comentó. Estábamos preparando la primera de las entregas del programa. Me contaron que habían contactado con un tipo que era un verdadero devoto del culosex. ¿Culo qué? Jamás habría pensado que se pudiera poner un nombre tan poco interesante a algo que provocase placer. Él mismo se encargó de informarnos a todo el equipo de que es una práctica antigua que se remonta

a la Francia prerrevolucionaria, y que era un juego más de los muchos con que dejaban pasar las eternas tardes festivas, todas las tardes eran festivas allí, de la corte versallesca. Por lo que nos dijo, hasta Napoleón de vez en cuando consentía transformarse en asiento para el culo de sus amantes. Visto así es un placer propio de emperadores. ¿Cómo rechazar algo en lo que encontraba placer todo un emperador que llegó a dominar Europa entera?

Pero quizá estoy adelantando acontecimientos. Las cosas se empiezan por el principio. Así me lo enseñaron desde pequeño y así voy a hacerlo. Ya sé que cualquiera puede preguntarse: ¿cómo llegó el profesor de *Fama ¡A bailar!* hasta una habitación en la que una mujer se sienta sobre un hombre? Realmente es una historia sencilla, pero no por ello deja de ser interesante.

Llegado un momento yo ya estaba un poco agotado del ritmo de grabación de los programas de *Fama ¡A bailar!* Por eso resultó una suerte enorme, casi indescriptible, que Asier Ugalde y Javier Pérez de Silva me propusieran conducir *After hours*. Cuando supe la orientación que querían darle al programa me sentí enormemente agradecido, ya que se trataba del programa que yo habría puesto en marcha si me hubiesen preguntado qué deseaba hacer.

De un tiempo a esta parte tengo la sensación de que de alguna manera hay algo que canaliza la energía y los deseos. Para mi sorpresa, todo lo que proyecto se termina realizando. Lo que pienso que debería ser real cobra vida. Y, en el caso de *After hours*, el broche final lo puso

el apoyo que Cuatro decidió dar al proyecto. Desde ese momento, todo comenzó a ir sobre ruedas, y podíamos enseñar la cara oculta de la vida. Lo que muchos quieren saber pero hacia donde no todos se atreven a mirar.

Por ejemplo, el culosex. ¿Cuántos imaginan que alguien puede sentir placer al ser asfixiado por alguien que se siente sobre él? Yo, desde luego, no. Por eso cuando me dijeron de qué iba todo lo que íbamos a grabar esa noche no sabía a ciencia cierta qué encontraríamos. El equipo había contactado con Joaquín, nuestro verdadero introductor en el mundo del culosex, gracias a que él había publicado en Internet un llamamiento para conocer mujeres interesadas en probar «cosas nuevas» en el sexo.

Lo primero que me llamó la atención fue saber que ellos dos no se conocían. Pero, más allá, la chica, que se había interesado en el anuncio de Joaquín, nunca había experimentado la práctica del culosex. El verdadero experto y organizador de todo era él. Quizá eso explicaba el distinto modo en que cada uno vivió todo aquello. A ella se la veía intimidada. No ya por las cámaras, era algo lógico y comprensible, sino por la idea de asfixiar a alguien con su culo. Eso me hizo plantearme algunas cuestiones que jamás habría imaginado. (La verdad es que una de las cosas que más me ha sucedido desde que comenzamos a gestar *After hours* es la de sorprenderme pensando en ciertos asuntos que antes eran desconocidos para mí y, una sorpresa mayor si cabe, la de darme respuestas que no esperaba descubrir). Lo primero fue comprenderla a ella. ¿Puede alguien estar sintiendo placer

sabiendo que está asfixiando a otro ser humano? Por mucho que él diga que sí, que le está gustando todo, en un determinado momento deja de hablar, y comienza a experimentar la verdadera asfixia. Y llegados a ese punto, ¿cómo saber dónde detenerse? Los juegos sexuales que bordean la tragedia al poner en peligro la vida del otro no terminan de excitarme. Es más, me incomodan. Y por eso me resultó mucho más sencillo entenderla a ella. Imaginad a una chica entradita en carnes a la que un hombre pide que le asfixie sentándose sobre su cara y que no termina de sentirse cómoda, que no encuentra el modo de excitarse con todo aquello. No resulta muy complicado hacerse a la idea de en qué medida esa incomodidad crece exponencialmente al estar rodeada de un equipo de rodaje. No me extraña, por eso, que ella no se quitase en ningún momento el tanga, pese a que lo lógico habría sido desnudarse por completo y dejar que la lengua y la nariz del aplastado hicieran su trabajo: darle placer a ella y hacerle saber que sigue vivo, que mientras haya movimiento ahí abajo, mientras los labios de ambos se comuniquen, no hay por qué preocuparse. Hasta ese momento toca disfrutar al máximo de la diversión.

Por el contrario, a él no había que explicarle nada de todo eso. Él estaba excitadísimo, tanto por el hecho de que podía poner en práctica una vez más sus fantasías como por el aliciente de hacerlo con espectadores. Porque aunque a ella se la vio incómoda en todo momento, con los nervios comprensibles en una persona a la que le toca inaugurar una nueva posibilidad sexual frente a un nutri-

do grupo de mirones, a él todo parecía irle bien. Es lógico. Era él quien había montado todo aquello, y su motivación fundamental era el placer. Sentirlo, antes que nada, y si podía quedar claro y patente ante las cámaras ese disfrute, mejor que mejor, pero de no ser así tampoco pasaba nada. ¿Cómo sabíamos que estaba disfrutando? Porque estaba empalmado desde el comienzo. A él se le notó desde el principio que la excusa de la grabación no le iba a apartar de su objetivo principal: una noche de sexo. Era ella quien le pedía que se cortase un poco ante las cámaras, que no le quitase el tanga, que no se lanzase a comerle el coño allí mismo, delante nuestro.

Ellos se quedaron en la habitación de todos modos. No sé cómo debió de acabar todo aquello, pero puedo imaginarlo. Sé que en muerte no terminó, porque al día siguiente no encontramos en la redacción del programa ninguna noticia que hiciera alusión a un cadáver encontrado en un hotel en extrañas circunstancias. Así que nos quedamos tranquilos e imaginamos cómo debía de ser una orgía siguiendo la descripción que el propio Joaquín nos dio cuando le preguntamos mientras preparábamos la habitación para el rodaje: un grupo más o menos numeroso que se dedica a jugar a los naipes para ir dejando que sea el azar el que rijan en qué orden se irá sentando cada uno sobre la cara del resto. Como un strip-póker, pero donde, además de desnudarse, uno va más allá y le planta su escalera de color en el póker del otro. Todo con un aire de fiesta adolescente, pero donde se va un poco más allá. Interesante después de todo.

